

ROSA DÍEZ

CAUDILLO  
SÁNCHEZ

*En el lugar de la historia  
que le corresponde*

la esfera  de los libros

# Índice

<i>Prólogo</i> . La historia de un tal Sánchez .....	13
1. El aspirante a asesor parlamentario fracasa en Bruselas .....	23
2. Se consolida en el PSOE el proceso de selección negativa .....	27
3. El tal Sánchez hace pinitos como tertuliano mientras ejerce como consejero de Caja Madrid .....	35
4. De la etapa en la que Sánchez facturaba a la Fundación Ideas .....	41
5. Sánchez gana las primarias en 2014 y el PSOE pasa a ser una empresa familiar .....	45
6. La venganza es un plato que Sánchez saborea frío .....	55

7.	Sánchez ha utilizado el PSOE como campo de pruebas para demoler el sistema democrático .....	63
8.	PSOE menguante, Sánchez creciente. Gana en primarias, pierde en las urnas .....	71
9.	Sánchez fracasa clamorosamente en su primer intento de investidura .....	79
10.	Elecciones de 2016. Sánchez se supera: todo lo que puede empeorar empeora .....	83
11.	Sánchez prepara su 1 de octubre. Urnas tras las cortinas .....	89
12.	España recupera la normalidad institucional. Y Sánchez continúa maniobrando en la sombra .....	97
13.	La gestora del PSOE convoca elecciones primarias y Sánchez recupera el mando .....	103
14.	Año 2017: nacionalistas y separatistas catalanes perpetran un golpe contra la democracia. Se activa el artículo 155 de la Constitución .....	117
15.	Sánchez se hace con el poder institucional mediante una moción de censura destructiva .....	127
16.	Sánchez fracasa al intentar prorrogar sin elecciones la presidencia obtenida con la moción de censura destructiva .....	137
17.	Sánchez es derrotado en su segundo intento de investidura .....	145

18. Sánchez vuelve a fracasar y tiene que convocar elecciones. Más mentiras .....	149
19. Se repiten elecciones: menos votos, más poder. Pedro Sánchez forma un Gobierno Frankenstein para lograr en los despachos lo que los ciudadanos le negaron en las urnas .....	155
20. Sánchez formó un Gobierno con el objetivo de romper la unidad de la Nación .....	167
21. De cómo Sánchez ha perdido la legitimidad de ejercicio .....	177
22. Sánchez culpable, PSOE responsable .....	183
23. Credenciales de Pedro Sánchez para ocupar un lugar en la historia .....	187
<i>Conclusión</i> .....	205

## Prólogo

### La historia de un tal Sánchez

#### **Las claves de su personalidad**

Comprender *el porqué de las cosas*, eso es, los motivos por los que Pedro Sánchez Pérez-Castejón ha ido tomando determinadas decisiones a lo largo de su vida política, es una cuestión que requiere analizar su comportamiento y los signos externos que nos permiten comprender su conducta. Y es que la pulsión que mueve a este hombre poco o nada tiene que ver con la ideología que confiesa; porque, como en la fábula de la rana y el escorpión, lo de este tipo *está en su naturaleza*.

En los años que Sánchez lleva al frente de la política nacional ya hemos podido comprobar que sus decisiones solo están guiadas por el interés personal y que sus actos no responden ni a la ideología a la que dice estar adherido ni a la trayectoria histórica del partido que hoy le pertenece. Una sencilla revisión de la hemeroteca nos permite confirmar la ausencia de límites con

la que funciona el personaje, y lo que es peor, cómo desde que él se apropió del PSOE ese partido ha dejado de ser una organización política para convertirse en un logotipo cuyo único objetivo es atraer voto identitario, en una marca populista y rancia que es compatible con cualquier ideología o con ninguna.

«Solo sí es sí, solo no es no... y viceversa» podría haber sido el título de este libro. Porque esa frase resume la vida, contada en hechos, de este singular personaje llamado Pedro Sánchez, un tipo que, en su afán por acceder al poder y mantenerlo, ha hecho de todo, comenzando por pervertir el lenguaje político y convertir la mentira en una constante en su código de comunicación. George Orwell publicó en 1946 un ensayo titulado *La política y el lenguaje inglés*, un libro que parece escrito para definir el comportamiento de Pedro Sánchez: «El lenguaje político está diseñado para que las mentiras parezcan verdades y el asesinato respetable, y para dar una apariencia de solidez al mero viento». Eso es este hombre: humo y mentira.

Cada una de las decisiones políticas de calado que ha venido tomando el tal Sánchez ha estado precedida de solemnes compromisos en los que negaba tal posibilidad y también de *sesudos* análisis de politólogos y/o analistas de todo tipo y condición que coincidían en una conclusión: «No lo hará». Y no solo lo hizo, sino que los del logotipo PSOE lo defendieron siempre y sin ningún tipo de fisura. Recuerden cuando Carmen Calvo, entonces vicepresidenta del Gobierno de España, era interpelada cada vez que Sánchez tomaba una decisión —o llegaba a un acuerdo con socios *indeseables*— que negaba

sus afirmaciones previas y ponía de manifiesto su pulsión falsaria y mentirosa: «Eso no lo dijo el presidente, eso lo dijo el candidato...».

En la pulsión que motiva cada acto o comparecencia de Sánchez existe una constante: mentir. Presentó la moción de censura destructiva que le permitió acceder a la Moncloa cabalgando sobre una mentira y utilizando un fraude de un juez amigo y que este introdujo en una sentencia. Mintió para conseguir una mayoría parlamentaria con la promesa de que convocaría elecciones de forma inmediata. Mintió cuando pidió el voto a los ciudadanos durante la campaña electoral: «A ustedes se les fugó Puigdemont, y yo me comprometo aquí y ahora a traerlo de vuelta y que rinda cuentas ante la justicia». Y, a petición de los delincuentes y por unos miserables votos que le permitieran mantenerse en la Moncloa, modificó el Código Penal para que dejaran de ser delito los actos por los que el fugado y sus amigos fueron condenados.

Sánchez mintió cuando afirmó que nunca gobernaría con Podemos: «Ni antes ni después el Partido Socialista pactará con el populismo. El final del populismo es la Venezuela de Chávez. La pobreza, cartillas de racionamiento, falta de democracia y, sobre todo, la desigualdad...». Si pactara con Iglesias, «no dormiría por la noche, como el 95 por ciento de los ciudadanos de este país, que tampoco se sentirían tranquilos...». Y cuarenta y ocho horas después de cerrarse los colegios electorales Sánchez anunció un Gobierno de coalición con el de las cartillas de racionamiento.

Sánchez mintió al comprometer su palabra a que jamás pactaría con Bildu: «Con Bildu no vamos a pactar. Perdona, pero si

le estoy diciendo que con Bildu no vamos a pactar, si quiere se lo repito cinco o veinte veces. Con Bildu, se lo repito, no vamos a pactar». Y en la primera oportunidad que tuvo tras hacer esa proclama en tierras navarras, pactó con Bildu el Gobierno de Navarra, los convirtió en socios preferentes para la política nacional, y mientras celebraban homenajes a los criminales de ETA y reivindicaban su historia de terror, los nombró notarios de la democracia que sus tutores trataron de destruir asesinando a ciudadanos inocentes. No satisfecho con ello, pactó con Bildu presos a cambio de sus miserables votos en los presupuestos y acordó con ellos la expulsión de Navarra de la Guardia Civil de Tráfico. Y todo ello para mantenerse en el poder, su única ideología, su fe verdadera.

Qué decir de los compromisos *solemnes* adquiridos incluso en sede parlamentaria —da igual que hablemos de economía que de fiscalidad, de las leyes penales o de los indultos a políticos, del precio de la energía o de la política de Defensa...—, desmentidos casi inmediatamente por sus actos con la misma falsaria solemnidad. Sánchez es un maestro del *doblepensar* —concepto acuñado también por Orwell—, un tipo capaz de defender con idéntica aparente convicción una cosa y la contraria. Justo es reconocer que Sánchez es un profesional de las medias verdades de un nivel nunca visto en la política española, un personaje muy único, pues todo en él es mentira, él es mentira en sí mismo. Él es, en exacta definición de un añorado e ilustre dirigente socialista de cuando el PSOE era un partido, un impostor. En fin, que Sánchez y el respeto a la verdad son realidades antagónicas que no caben en la misma frase.



La perversión del lenguaje es una forma de mentir que Sánchez utiliza a la perfección para negar la verdad verificable y sustituirla por una de su conveniencia. Sirva como ejemplo el desparpajo con el que elaboró un relato alternativo a los hechos que acontecieron el 1 de octubre de 2016, cuando perdió la votación en el Comité Federal de su partido. Para construir su *resurrección* tras haber perdido la confianza del máximo órgano democrático del PSOE entre congresos, Sánchez apeló a «las bases» frente a los órganos democráticos de su formación, llamó «casta» a los dirigentes de su partido y llamó «pueblo» a la militancia. Nada le detuvo para utilizar el lenguaje de forma que *las mentiras parezcan verdades* para recuperar las riendas del poder interno y desde ahí, con la misma táctica, asaltar el poder institucional.

Otro método que Sánchez utiliza para *matar la verdad* (Timothy Snyder en su libro *Sobre la tiranía*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017) es calificar a las personas y a los hechos por los nombres que no son. Así, vemos que no se corta ni un pelo para otorgar el título de «progresistas» a tipos como Otegi y Junqueras mientras estos defienden la ideología en cuyo nombre se cometieron graves delitos de terrorismo y de golpismo con el objetivo de impedir que triunfara la democracia y de romper la unidad de la nación; o en calificar de «progresista» un Gobierno formado por partidos cuya ideología ha sido condenada en Europa como culpable de crímenes de lesa humanidad y del asesinato de millones de ciudadanos. A Sánchez le parece tan «progresista» considerar que la caída del muro de Berlín «fue una desgracia», que no tuvo ningún reparo en nombrar vice-

presidente del Gobierno de España a Pablo Iglesias —el de la cartilla de racionamiento, recuerden—, que es el autor de esa frase. Estos ejemplos no son anecdóticos, sino algunos de los síntomas de la personalidad de un tipo embarcado en una cruzada para demoler la democracia. Porque Sánchez sabe bien que la perversión del lenguaje, organizada de forma sistemática y utilizando todos los resortes mediáticos y del poder político, termina por pervertir las instituciones y, a partir de ahí, la propia democracia. Y en eso está.

### **El análisis**

Así las cosas, resulta evidente que la lógica política es un instrumento completamente inútil para analizar y neutralizar los efectos de la pulsión que mueve a Pedro Sánchez, un hombre tan ayuno de limitaciones como borracho de ambición de poder. Antonio Cervero Fernández-Castañón, psicólogo sanitario y PDI del Departamento de Psicología de la Universidad de Oviedo, me alertó hace un tiempo sobre los daños que puede sufrir una sociedad cuando llega a detentar el poder un tipo que de forma simultánea y/o correlativa actúa como un ser autocomplaciente y arrogante, agresivo, brutal e insidioso y ávido de poder, lo que Frieder Wolfsberger califica como los tres ingredientes del mal carácter: el narcisismo, la psicopatía y el maquiavelismo.

Analizando los actos de Pedro Sánchez y confrontándolos con textos que sirven para describir al individuo podemos pro-

fundizar en el conocimiento de las características en las que se sustenta ese tipo de personalidad definida por el maquiavelismo, el narcisismo y la psicopatía y a la que los psicólogos Delroy Paulhus y Kevin Williams bautizaron en el año 2002 con un apelativo pegadizo a la vez que inquietante: la triada oscura.

Analicemos cada uno de estos *ingredientes del mal carácter*. El término maquiavélico tiene su origen en el libro escrito por Nicolás Maquiavelo en 1513, *El príncipe*, en el que expone la manera de adquirir y mantener el poder a través de la manipulación de los contextos sociales, teniendo como elemento central el propio interés. Un individuo maquiavélico se caracteriza por la sed de poder, la frialdad, el egoísmo, la manipulación, la amoralidad, el enmascaramiento de sus pulsiones, la propensión al engaño y el bajo compromiso ideológico.

El narcisismo retrata al vanidoso que actúa con autocomplacencia, grandiosidad y arrogancia, que se sobrevalora y desprecia a los demás, que necesita una permanente atención y se irrita y se vuelve agresivo ante la crítica, un hipócrita frío cuyas relaciones interpersonales se caracterizan por la autopromoción.

El psicópata se reconoce por su agresividad, rencor, ansias de venganza, pobreza afectiva, insensibilidad ante las reacciones ajenas, ausencia de remordimiento y culpa, crueldad y nula empatía. Particularmente hay dos comportamientos que se aplican a un psicópata y nos permiten confirmar si estamos ante alguien que responde a esas características. En primer lugar, su necesidad de no ser descubierto; cuando eso ocurre, el psicópata se deja llevar por sus pulsiones más primarias y muestra un

odio brutal y una necesidad enfermiza de destruir a quien le rechaza por haber descubierto lo que es. Y, en segundo lugar, es conveniente no olvidar que un psicópata no responde al tratamiento porque no es propiamente un enfermo.

En el libro *The Elephant in the Boardroom* (*El elefante en la sala de juntas*), Adrian Furnham, psicólogo de la personalidad, describe caracteres cuestionables que han triunfado en el mundo de la política y señala que las personas maquiavélicas, merced a su tendencia a utilizar estrategias oportunistas e hipócritas, se encuentran bien equipadas para desarrollar una carrera política. Los psicopáticos poseen la capacidad de permanecer impasibles bajo presión y en situaciones de competencia, y también se caracterizan por tomar decisiones resolutivas alejadas de sentimientos. Y a los narcisistas les beneficia su avezada presencia, así como su autoimagen de líder. Si el carácter oscuro va acompañado de atractivo e inteligencia, el éxito está asegurado, apunta Furnham. Y Peter Jonason, de la Universidad Occidental de Australia y uno de los investigadores más diligentes de la triada oscura, constató en 2015 que no existe nada que motive más a estas personalidades que el poder.

Aunque dé miedo, cuando uno lee esto, resulta inevitable pensar en Pedro Sánchez. El periodista y científico Frieder Wolfsberger comenzaba con las siguientes palabras un artículo publicado en 2015 en la revista *Mente y Cerebro* que llevaba por título «La triada oscura de la personalidad»: «El primero es autocomplaciente y arrogante; el segundo, agresivo y brutal, y el tercero insidioso y ávido de poder. No se trata de un trío de gánsteres de una película de serie B, sino de los tres ingredien-

tes del mal carácter: el narcisismo, la psicopatía y el maquiavelismo».

Según estos científicos, puede afirmarse que quien posee una personalidad en la que coexisten esos tres *ingredientes* está muy bien dotado para dedicarse a la política; y otra vez no podemos evitar pensar en Pedro Sánchez y comprender cómo y por qué el tal Sánchez ha triunfado en la política. Es analizando su comportamiento, que no desde el análisis de los politólogos de cabecera del caudillo, lo que nos permite percibir que un hombre de estas características, con tanto poder y tan nulos escrúpulos, resulta un peligro para la seguridad nacional y para la democracia.

No conozco a una persona cuyo comportamiento se ajuste más a los parámetros descritos por estos profesionales que Pedro Sánchez. La fobia que profesa a todo aquello —persona, organización, institución...— que no puede controlar; el castigo que inflige y/o el ostracismo al que condena a quien se atreve a disentir; la desautorización absoluta contra cualquier miembro de su propia formación que cuestiona siquiera mínimamente alguna de sus decisiones; la desacreditación grosera y orquestada que practica contra todo aquel que descubre y denuncia sus trampas; su absoluta falta de empatía con las personas que sufren las consecuencias de su actos; la búsqueda permanente del aplauso y del beneficio personal; el endiosamiento y la feroz descalificación contra cualquiera que se atreva a cuestionar sus órdenes... son algunos de los comportamientos que marcan a fuego la biografía política de Pedro Sánchez y que se ajustan como un guante a la personalidad descrita en psicología como la triada oscura.

Como ya se ha señalado, la psicopatía no tiene cura porque no es propiamente una enfermedad mental, sino que acompaña al individuo desde el mismo momento de su nacimiento; y como las personas que la sufren no tienen conciencia de que están haciendo algo malo y el síntoma más determinante es que carecen de empatía y de capacidad para conectar con otras personas, los psicópatas siempre echarán a otros la culpa de sus problemas. Este hecho lleva a los terapeutas a advertir que cuando parezca que hay un cambio de conducta observable ha de tenerse en cuenta que los psicópatas son auténticos actores que saben lo que tienen que decir, lo que tienen que hacer y cómo se tienen que comportar para engañar a otros y enmascarar su personalidad en función de lo que el otro quiera oír. Recuerden: el psicópata *no se cura*, aprende de las técnicas del tratamiento y las aplica a sus víctimas.

Confío en que el lector encuentre en las páginas de este libro suficientes elementos para tomar conciencia de lo peligroso que resulta para el conjunto de la sociedad tener en la Moncloa a un individuo cuyo comportamiento responde a unas características que son la suma de tres factores en extremo inquietantes, la psicopatía, el narcisismo y el maquiavelismo. Porque únicamente un análisis correcto y compartido nos permitirá organizar la legítima defensa antes de que sea demasiado tarde.

# El aspirante a asesor parlamentario fracasa en Bruselas

## **Primera frustración**

La ausencia de límites y la desinhibición retroalimentada por una mediocridad nunca vista en un presidente de Gobierno o en un secretario general del PSOE han sido una constante a lo largo de la vida pública de Pedro Sánchez. Pero esa chulería con la que se comporta y que hoy conocemos todos los españoles es un aspecto de su personalidad que *viene de fábrica* —a diferencia del sociópata, el psicópata nace, no se hace— y que le ha acompañado toda su vida. Ahora que no nos oye nadie, vamos a contar su historia.

Corría el año 1999 cuando oí por primera vez el nombre de Pedro Sánchez. Yo había encabezado la candidatura del Partido Socialista Obrero Español al Parlamento Europeo en las elecciones que se celebraron el 13 de junio de ese año y era en aquel momento presidenta de la delegación socialista española en Bruselas.

En aquellos años, el Parlamento Europeo asignaba a los grupos políticos una partida económica para que estos, dentro de unas normas de carácter general, pudieran autónomamente contratar asesores parlamentarios. En la delegación española del Grupo Socialista habíamos establecido que cada diputado tendría un asistente, que él mismo elegiría en función del área en la que iba a desarrollar su tarea, y que el resto de los fondos se destinarían a configurar un grupo de asesoría técnica multidisciplinar que daría apoyo al conjunto de la delegación.

Carlos Westendorp, que había ocupado el puesto número seis en la candidatura al PE, fue quien me habló por primera vez de Pedro Sánchez:

—Rosa, hay un chico que ha trabajado conmigo en Bosnia, Pedro Sánchez... Es economista, yo creo que estaría bien que lo contratáramos como asistente parlamentario...

—Sin problema, Carlos. Ya sabes que puedes elegir a quien quieras para que trabaje contigo.

—Ah, no, yo para trabajar conmigo no lo quiero, ya he elegido a un asistente que me interesa y que es de mi confianza... No, te lo propongo para el grupo... o si otro diputado lo quiere para él...

—Bueno, Carlos, los diputados ya han elegido para que trabajen con ellos a personas que conocen y por sus perfiles... Y para el *pool* ya sabes que vamos a hacer un concurso de méritos entre todos los candidatos que se presenten y se elegirán las personas en función del currículum y de los huecos técnicos que necesitemos complementar. Así que dile que se presente, si quiere.



—Vale, se lo digo. El chico no tiene nada, y me ha dicho que tiene mucho interés...

Pedro Sánchez nunca llegó a formar parte del grupo de asesores de la delegación socialista española en el Parlamento Europeo, aunque sí que en algún momento de su *carrera política* en el PE cubrió una baja maternal de la asistente de una diputada socialista española. Es un misterio cómo pudo afectar ese golpe de realidad a un tipo caracterizado por su arrogancia y su desprecio a los demás. Algunos de los que le conocían bien —que entonces eran asesores parlamentarios y ahora le «asesoran» a él— contaban a quien les quisiera escuchar que ahí fue cuando comenzó a acumular resentimiento *el narciso* que el tal Sánchez lleva dentro.

## Se consolida en el PSOE el proceso de selección negativa

**N**o sería justo atribuirle en exclusiva a Pedro Sánchez el mérito de haber convertido al PSOE en un partido nacionalista y populista homologable con cualquiera de los que pueblan el mapa latinoamericano y que han llevado a sus países a la ruina económica mientras, según todos los indicadores internacionales, provocan el mayor retroceso en la defensa de los derechos humanos y las libertades. Y es que la degradación política del PSOE como partido de ámbito nacional que actuaba en la esfera de los partidos socialdemócratas europeos ha llevado su tiempo. Es verdad que Sánchez ha imprimido una velocidad de crucero en el proceso a la vez que ha demostrado que todo lo que de él dependa, si puede empeorar, empeorará. Pero el tal Sánchez nunca hubiera llegado a apropiarse del PSOE si José Luis Rodríguez Zapatero no se hubiera hecho con las riendas del partido tras el congreso que ganó en julio del año 2000. Y, por ende, Sánchez nunca hubiera llegado

a ser presidente del Gobierno de España si no hubiera podido heredar de Zapatero.

Hagamos memoria. El XXXV congreso del PSOE fue convocado de forma extraordinaria una vez que Joaquín Almunia presentó su dimisión tras el varapalo electoral sufrido en las elecciones del 12 de marzo del 2000 en la que el PSOE obtuvo 125 diputados, 16 menos que en las anteriores. Ahí fue cuando comenzaron a sonar voces de dirigentes del PSOE planteando que la solución pasaba por poner al frente del partido a alguien que hubiera demostrado que sabía ganar elecciones.

Yo, que en aquel momento era la presidenta de la delegación socialista en Bruselas, creía, por el contrario, que lo que necesitaba el Partido Socialista era un cambio en profundidad, de forma y fondo. Y esa reflexión fue la que me llevó a anunciar que presentaría mi candidatura a la Secretaría General; y es lo que hice sin tener padrinos y sin pedir permiso a nadie.

José Bono hizo saber que estaba disponible; y tras asegurarse el apoyo del aparato del partido, de la práctica totalidad de los barones y, por supuesto, tras ser ungido por Felipe González, anunció su candidatura.

Alfonso Guerra, que no era partidario de Bono, lanzó la candidatura de Matilde Fernández.

Zapatero formaba parte de un grupo de diputados jóvenes que se autodenominaban «los jóvenes turcos» —todo un síntoma del *desnivel* político que ya apuntaban quienes serían los nuevos dirigentes del socialismo español— y que cuando vislumbraron que las bases del Partido Socialista querían cambio comenzaron a sopesar la posibilidad de presentar una candida-

tura. Según se acercaban las fechas en las que había de celebrarse el congreso fue cogiendo más fuerza la idea de que lo que necesitaba el PSOE para volver a ganar elecciones era abanderar «el cambio» en la política nacional y que esa imagen no la podía representar José Bono. Trinidad Jiménez —que trabajando con Raimon Obiols en la Secretaría de Exteriores de la Comisión Ejecutiva del PSOE había entablado una buena relación con Felipe González— fue la encargada de presentarle a «los jóvenes turcos» y de tratar de convencerlo de que el futuro del PSOE pasaba por esos chicos.

Felipe González los recibió varias veces en el despacho que entonces ocupaba en la calle Gobelás, pero antes de comprometerse pidió a Solchaga que los viera y le diera su opinión. Conozco en detalle ese episodio porque uno de los convocados a la reunión con Carlos Solchaga fue Jordi Sevilla, un joven diputado que en aquel momento era un entusiasta miembro del equipo que trabajaba a favor de mi candidatura. Finalizado el encuentro, Jordi, con toda honestidad, fue a verme y me contó las conclusiones:

—Rosa, un grupo de diputados jóvenes hemos estado reunidos con Carlos Solchaga; estaban Caldera, Zapatero... y alguno más del grupo que vienen sopesando la posibilidad de presentar candidatura al congreso del PSOE. A mí me invitaron, y fui a la reunión a ver de qué iba...

—Ah, con «los jóvenes turcos»... ¿Y?

—Verás, Solchaga nos ha contado que Felipe le había encargado que nos viera, que testara hasta qué punto de ese grupo podía salir una candidatura viable...

—O sea, que os ha examinado... ¿Y habéis aprobado?

—Bueno, no es exactamente así, pero sí que quiero que sepas que esto va a ir en serio, que van a tener el apoyo de González y de *El País*, que esto es lo que va a salir adelante... Yo, en estas circunstancias, creo que lo mejor es que te retires... Te darán lo que quieras, seguro, y no merece la pena que te enfrentes a ellos para perder...

—Gracias por la sinceridad, Jordi, pero me conoces lo suficiente como para saber que no me voy a retirar. Que te vaya bien.

Y Jordi Sevilla dejó de formar parte del grupo de apoyo de mi candidatura y se integró en «los jóvenes turcos». Y cuando Zapatero le nombró ministro de Administraciones Públicas él le prometió que le enseñaría economía en dos tardes... Pero eso es otra historia.

Tras el visto bueno de Solchaga, Felipe González se convirtió en el valedor del grupo que finalmente presentaría a Zapatero como una especie de *primus inter pares*, si bien «olvidó» decirselo a Bono. Es curioso cómo los seres humanos tendemos a caer presas del autoengaño. Recuerdo que todos sabíamos que la influencia y tenacidad de Trinidad Jiménez había tenido su efecto hasta provocar que González retirara el apoyo a Bono. Pero el candidato manchego prefería no saberlo...

Yo me reuní con González ante la insistencia de quienes me acompañaban en la candidatura, Juan Manuel Eguiagaray, Ramón Jáuregui o Luis Atienza, aunque no lo hice hasta unos días antes de que se celebrara el congreso, cuando resultaba evidente que no tenía ninguna posibilidad de ganar y era más que obvio que González había cambiado de candidato.

Es sabido que para González siempre supuso una carga tener que ocuparse de los temas de partido, que a él le gustaba la política institucional y despreciaba la vida interna de la organización en cuyo nombre se presentaba a las elecciones. Por eso, en aquella reunión, le expliqué que mi intención era ser secretaria general del PSOE a tiempo completo y que no aspiraba a ser candidata a la presidencia del Gobierno.

—Anda, que para una vez que el Partido Socialista tiene un candidato a la Secretaría General al que le gusta más el partido que el Gobierno, que lo quiere transformar para convertirlo en un instrumento útil para la democracia y no en una mera secta ideológica para ganar elecciones, no queréis aprovechar la oportunidad y os negáis siquiera a debatir ese cambio de modelo...

—Oye, tienes hijos jóvenes... ¿Por qué no les preguntas cómo lo ven ellos? ¿O ya lo has hecho y no te gusta lo que te dicen?

Él callaba y sonreía... Entonces le pregunté por qué había optado por Bono para abandonarlo después. A lo segundo no me contestó; a lo primero sí:

—Bueno, le apoyé porque fue la primera yegua que salió a correr a la pista...

Tal cual.

—Bueno, la primera que anunció la candidatura fui yo... Claro que como no te pedí permiso a lo mejor no te diste cuenta... —A eso tampoco me contestó.

Le conté esta conversación a Pepe Bono y le aseguré que «dios» (Benegas *dixit*) ya no le apoyaba y que detrás de esa deserción iban a ir una parte importante de los barones y, por su-

puesto, los de Alfonso Guerra. Bono no me creyó; y la maquinaria siguió rodando.

Se ha escrito bastante de lo que pasó entre bambalinas en las primeras horas del congreso que alumbró el principio del fin del PSOE que conocimos y que fue un instrumento imprescindible para hacer la Transición y consolidar la democracia en España. Yo cuento aquí lo que directamente viví. Y lo cierto es que, más allá de encuentros previos entre Manolo Chaves y los secretarios generales de las provincias andaluzas, la primera noche del congreso fue Carmeli Herмосín quien reunió a la delegación andaluza y les explicó que desde ese momento y al margen de lo que habían hablado o comprometido al ser elegidos en cada asamblea local, tenían «libertad de voto». Y todo el mundo entendió que «los jefes» habían abandonado a Bono y cambiado de *yegua*. Perpetrado ese golpe de timón en la numerosa delegación andaluza, se aceleraron las negociaciones. Pepe Blanco (Pepiño) y Rafael Delgado (el Fali) fueron los encargados de ir atando el voto de los delegados que, sumados a los oficialistas que ya le habían retirado el apoyo a Bono, le darían la mayoría a Zapatero. Resulta interesante constatar cómo Alfonso Guerra y Felipe González fueron capaces de ganar aquel congreso cuando ya llevaban años sin hablarse.

Los delegados votaban primero al secretario general y luego este anunciaba la composición de la Comisión Ejecutiva. Zapatero fue el candidato más votado, seguido de Bono, a quien aventajó por 9 votos. La mitad de los compromisarios de Matilde Fernández la abandonaron y mi candidatura tuvo menos de

la cuarta parte de los votos que los avales que había conseguido para presentarme.

Y Pepe Blanco se convirtió en el número dos del Partido Socialista Obrero Español en representación del grupo de «jóvenes turcos» que para entonces se había rebautizado con el nombre de «Nueva Vía». Alguien tenía que haberles explicado la historia completa de los verdaderos Jóvenes Turcos, desde cómo empezaron su carrera para «asaltar el poder» hasta cómo finalizó, limpieza étnica y masacres por medio. Y así fue como con la «Nueva Vía» comenzó a hablarse *del cambio tranquilo* y como Pepiño se convirtió en el Alfonso Guerra de Zapatero, un hecho que en sí mismo da testimonio del proceso de selección negativa que se iba instaurando en el Partido Socialista hasta convertir la mediocridad en un mérito para llegar a las más altas esferas de poder. De aquellos polvos, estos lodos.

Pepe Blanco, un perfecto desconocido a nivel nacional, miembro del Comité Federal —inédito, eso sí, no se le conocía pensamiento alguno—, fue encargado por Zapatero de atender a los medios en nombre de su candidatura. Y allí estaba Pepiño, ocupando la pantalla de las televisiones, cuando recibí la llamada de un viejo socialista gallego:

—Rosa..., tú que estás ahí... tienes que hacer algo... Es Pepiño... No puede ser... Es Pepiño... Nos servía los cafés en las reuniones... Pepiño... No puede ser... Tú que estás ahí... Tienes que hacer algo... No es por Zapatero, que no lo conocemos. Es Pepiño, que sí lo conocemos...

Bueno, pues sí, Pepiño se hizo con el control del Partido Socialista Obrero Español; y sus chicos, aquellos con los que ha-



bía coincidido en la Jaime Vera —una escuela de formación de «cuadros» que en aquel entonces tenía el PSOE— y en las Juventudes Socialistas, fueron ascendidos directamente a gurús ideológicos y/o miembros del aparato orgánico del PSOE.

Es para mí un enigma cómo esos tipos llegaron a la conclusión de que podían dirigir España. Aunque lo verdaderamente dramático es que, veintidós años después, con alteración en la escala de mando y con acreditada mediocridad e incompetencia, ahí siguen.